

Calahonda sumergida.

En Calahonda, algunos días, muy pocos, el mar se agita.

Las barcas, encabritadas, aguantan el embate de las olas..., casi siempre.

Pero la aparente calma azul no se conduce de los trabajos ajenos.

A veces la vida se sirve de las penas de otros. Así, las algas y los invertebrados epífitos crecen sobre los restos de una barca de pesca.

Y donde hubo redes y aparejos, es posible que ahora tenga su refugio un pez, un molusco o un crustáceo; que, esquivos, se moverán entre las cuadernas.

Se mezclan los colores de la barca con los de los organismos. La mano humana y la naturaleza. Los marineros no sólo cuidan sus barcas. Las adornan y les dan carácter. Para ellos, son entes vivos, hasta que quedan varados en tierra o hundidos en el fondo del mar.

Pasado el tiempo, esos colores serán el testimonio de la vida que animó la barca, del afán de unos hombres que tiene su vida en el mar, y, a veces, también su muerte.

Así ocurre también en Calahonda, donde, como en tantos pueblos de la costa andaluza, el turismo ha sustituido en gran medida a la pesca.

La transformación de la costa mediterránea de la península Ibérica acaecida durante la segunda mitad del siglo XX afectó a los pueblos del litoral granadino de forma radical; y con el temor de añadir otra barca al fondo del mar, muchos marineros pasaron a ejercer oficios menos ingratos y crueles.

El mar en Calahonda ofrece aguas claras, acantilados y cuevas, y una gran diversidad de organismos marinos.

Los espirógrafos son gusanos poliquetos que viven dentro de tubos y son sésiles.

Los vistosos plumeros que mece el agua son las branquias del animal, que al agitarlas intercambia gases con el agua, es decir, respira: expulsa dióxido de carbono y capta oxígeno. No hay organismo vivo que escape a ese proceso vital.

Además, el movimiento del penacho sirve para captar las partículas de las que se nutren.

Cuando no se necesita tenerlas fuera, las branquias se recogen dentro del tubo. Allá en el fondo, y sin poder moverse hay muchos depredadores al acecho; así que cuanto más desapercibido se pase menor es el riesgo. Mejor mostrar un tubo duro que un cuerpo carnoso.

La disposición en espiral de las branquias supone una adaptación extraordinaria. El tubo actúa como protección del animal, pero limita demasiado la capacidad de respirar. El plumero maximiza la superficie expuesta al intercambio gaseoso.

Y además, con sus giros y sus colores forman una hermosa danza submarina.